



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13365

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 fd.—Extranjero: Tres meses, 11'25 fd.—La suscripción se contará desde 1.º y de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIERCOLES 6 DE JUNIO DE 1916

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

DE CALLE EN CALLE

LOS BARRIOS ALTOS

Un paseo por los barrios altos de Cartagena nos ha dado ocasión de apreciar un espectáculo desolador, capaz de sembrar la tristeza en los más robustos espíritus.

Esos barrios—Puerta de la Villa, Molinete, etc.—lo constituyen calles estrechas, irregulares, sucias, mal empedradas, y casas inmundas donde habitan en forma que á los perros vagabundos repugnaría, multitud de seres por cuya vida tiene el deber la Higiene pública de velar é interesarse.

Y cuando más se advierte lo horrible de esos barrios, en los cuales todo parece de menos, excepto una variedad de olores, de malos olores, que esparcen al análisis de los mejores químicos del mundo, es cuando se permanece algún tiempo sin frecuentarlos.

Entonces parece hasta inverosímil que la vida humana pueda desarrollarse en un medio capaz de impedir hasta el crecimiento de las plantas.

El municipio cartagenero practica el dogma del fatalismo mejor que todas las religiones de la India antigua. Por el no pasan años ni días. Es acérrimo partidario del statu quo. Todos esos lugares que hemos mencionado están en el mismo estado que en vida de Asdrubal, ó poco menos. Y se impone que la piqueta entre por allí en funciones, que derribe, que amplíe, que reforme...

Seguramente que en los archivos municipales dormirá el sueño de los justos algún proyecto sobre urbanización de esos barrios, y si tal no existe, algo se proyectará para realizarla.

Y no, no es esto lo que con toda urgencia se precisa. Todo lo que no sea poner inmediatamente mano á la obra, equivale á ofrecer agua al que se muere de sed, en vez de ponerle en sus labios.

Nocturno

Un piano ha llorado, á lo lejos, la serenata de Schubert.

El piano que ha llorado la divina serenata, me ha matado dulcemente en la noche perfumada.

Y al triste son de sus notas, muerto y solo con mis lágrimas he descendido al jardín á consolar á mi alma.

Dulce piano, ¿qué tienes dentro de tí, que así matas al corazón que te escucha tras la entreabierta ventana?

¿Qué es eso que desde tí tan tristemente me llama y me hace bajar llorando al jardín lleno de almas?

La noche sufre en silencio; tibia noche de nostalgias ¡qué amarga es tu primavera de brisas y de fragancias!

¿Quién piensa en el cuerpo? Todo esta noche tiene lágrimas, las estrellas están tristes, la luna muerta, y el agua de la fuente llora tanto que da fatiga escucharla: lloraré como la luna y las estrellas y el agua.

Hay que llorar... El piano preludia ya otra sonata; mi corazón siente frío; noche, llévate mi alma adonde vayan las notas del piano, adonde vayan tus tenues brisas, adonde vayan tus finas fragancias.

Juan R. Jiménez.

La Marina y los Arsenales

El Ayuntamiento de esta ciudad debe ponerse en campaña inmediatamente, sin pérdida de momento, para lograr que en el próximo presupuesto de Marina se consignen las cantidades necesarias para que ni falte el trabajo en nuestro Arsenal ni tengan que holgar los obreros de la maestranza cinco ó seis días al mes, además de los festivos, por no haber créditos para el pago de sus jornales.

Y no hay, solo que perseguir el interés de esos hábiles y laboriosos obreros sumidos hoy en la mayor miseria, á causa de la merma que en sus haberes sufren. Otra idea más alta y nobilísima: el interés de la Patria, tiene que inspirar á nuestro Municipio al recabar del Gobierno que no se desatienda á éste ni á ninguno de los tres arsenales.

La marina de guerra española no puede estar reducida por más tiempo al triste estado en que se ve constreñida. Con los cuatro buques de no muy buenas condiciones marineras ni de defensa, que forman lo que pomposamente llamamos «nuestra Escuadra», no le es posible cumplir con su misión ni en la paz ni en la guerra.

Un periódico madrileño, constante defensor de todas las causas patrióticas, el *Heraldo*, comprendiéndolo así, dice al hablar de las tropas de Marina que figuran en la gran revista militar de Carabanchel:

«No quisiéramos ver en Madrid estas fuerzas, sino los barcos, y si los barcos no vienen, que Madrid se traslade á ellos.

Los palacios, los Gobiernos, los representantes en Cortes, todo lo de tierra adentro necesita vivir recreando la vista en las boyas flotantes para que comprenda la importancia de la Marina y no se adormezca y contente con un camino vecinal ó caciquil, que para el agua es lo mismo.»

Tiene razón el colega. La gran enemiga de que nuestro poderío naval se acreciente, es la ignorancia supina de ese mundo oficial en un asunto de tanta trascendencia para España.

Y por patriotismo y por misericordia, ó sea por el bien de la Marina, que es el bien de la nación, y por el de los obreros de los arsenales, hay que ilustrar al Gobierno, y á los diputados y senadores, á todos los que tienen en sus manos los medios para reorganizar los servicios de la Armada y aumentar las unidades de nuestra flota de guerra.

Los olvidados

Meléndez Valdés

«Filis tiene una palomita, y con ella juega y se recrea». Filis tiene también

los ojos grandes y parladores; sus mejillas están amapoladas; sus labios son gordezuelos y rojos; su cuello es fino y esbelto; su seno se abomba suavemente...

Y no seguimos por este camino; pero Meléndez Valdés, el grave magistrado, sí que sigue, y nos cuenta en *Los besos de amor* todas sus íntimas y dulces sensaciones eróticas.

Meléndez Valdés es un poeta profundamente sensacional: es un pagano que parece que se impone una revisión de nuestros viejos autores, haremos constar que éste es acaso el único poeta clásico que ha sabido poner en sus versos delicadeza, ternura, elegancia, esa cosa indefinible y etérea que se llama gracia.

X.

PARA LA MUJER

HISTORIA DEL CORSÉ

Ahora que en París han vuelto los médicos á emprender una tenaz campaña en contra del corsé, pretendiendo que se suprima y que reinen los trajes rectos, sin opresiones, que juzgan como enemigas de la salud y la belleza, resulta tema de actualidad el hablar de dicha prenda.

Desde luego me atrevo á afirmar rotundamente, que esos sabios doctores, que en la época, sabrán agradecer todas las de mi sexo, no van á ver realizados sus deseos. El corsé, que tiene casi tantos años de existencia como la Humanidad, es invencible. Persiguir su abolición es tarea inútil. Más fácil sería encontrar la cuadrilatura del círculo ó la piedra filosofal.

En la antigüedad griega se conocía el corsé con el nombre de *strophion*, y consistía en un ancho cinturón que oprimía el talle y moderaba el desarrollo del pecho. Se llevaba sobre la piel misma. Los de lujo estaban bordados en oro y guarnecidos de piedras preciosas.

Las romanas usaban una ancha faja que rodeaba el pecho; le llamaban el *cestus*. En época de Carlomagno, comenzó el uso de la ropa ajustada.

El corsé de ballenas fué invención de Isabel de Baviera.

A mediado del pasado siglo el corsé emballenado triunfó definitivamente, y desde hace unos veinte años se viene exagerando cada vez más su forma opresora y su armazón de ballenas de acero.

En realidad los trastornos que el corsé ocasiona son muchos y graves; comprime el estómago, estrangula el hígado y lesiona muchos órganos íntimos, á poco que esté mal hecho ó sea de forma poco á propósito para la configuración del cuerpo femenino.

En mi opinión, no se debe prescindir del corsé; es más; su uso está recomendado por notabilidades médicas, no menos ilustres que las que claman por su supresión absoluta. Un buen corsé, recto, sano, higiénico y bonito suele evitar muchas enfermedades, sobre todo después de haber sufrido los rigores de la maternidad; pero, los corsés opresores, raros y deformes, como los impuestos ahora por la moda, esos sí son perjudiciales y hay que desterrarlos á toda prisa.

Lola.

Cartagena 6-VI-06.

Verlenianas

La mujer y el gato.

Ella, la hermosa mujer por quien tantos suspiran y desesperan, recostada perezosamente en una *chaise-louge* se entretiene en jugar con un hermoso gato de Angora; y no se sabe si la blanca mano acaricia á la blanca patita, ó la blanca patita á la blanca mano.

Ella, la hermosa mujer por quien tantos suspiran y desesperan, esconde—¡la pérdida!—bajo sus guantes de seda sus feroces uñas de ágata, finas y cortantes como una navaja de afeitar... El animal oculta también hipócritamente sus garras aceradas...

Pero el diablo no pierde su tiempo; el diablo ríe...

Y en aquel delicioso *boudoir*, que envuelve las sombras del crepúsculo, brillan cuatro puntos fosfóricos.

Es la hora.

Sobre el espeso bosque luce la blanca luna... Un estanque refleja la silueta del sauce negro, donde llora el

hecho bien, puesto que los Dutlov, que han permanecido uidos, tienen ahora que sufrir por su honradez.

La señora no comprendía ya una palabra de todo aquello. No se explicaba aquel «sorteo» ni esta «honradez». Eran sonidos que percibía, y nada más que sonidos, mientras examinaba los botones amarillos del gabán del mayordomo. Los de arriba debía abotonárselos rara vez, así que estaban todavía fuertes, mientras que el del medio, rendido ya por el uso, apenas se sostenía, y hacía mucho tiempo que debían haberse recosido.

Pero como todos saben, en una conversación, sobre todo al «s de negocios, no hay necesidad de comprender lo que nos dicen; basta con que no perdamos de vista lo que nosotros tenemos que decir, y esto es lo que decía la señora.

—¿Cómo no quieres tú comprender, Egor Mikhaï ovitch—dijo ella—que yo deseo en modo alguno que salgan quitados los Dutlov? Creo que me conoces bastante, y sabes que hago cuanto puedo por socorrer á mis alicantos, y que no quiero su desgracia. Sabes que estoy pronta á «oficiarle todo para evitar esa triste necesidad, y que no voyan al ejército ni Dutlov ni Polikuchka.

No sé si es la coartada que para evitar aquella triste necesidad, tenía que sacrificar, no todo, sino únicamente

una suma de trescientos rublos; pero en todo caso, bien pudo habersele ocurrido.

—No te diré más que una cosa, y es que á Polikuchka (1) no le daré por nada del mundo. Cuando después de aquel asunto del reloj, me confesó su falta llorando y jurando corregirse, tuve con él una larga conversación, y vi que se comovía y que su arrepentimiento era sincero...

Ya vuelve á su tema, pensaba Egor Mikhallovitch; y se puso á examinar el jarabe que la señora había echado en un vaso de agua. «Es naranja ó limón? Debe ser «amer» (2), pensaba.

—Hace ya siete meses de esto—siguió diciendo la señora—y se porta muy bien, y no se ha emborrachado una sola vez. Su mujer me ha dicho que estaba hecho otro hombre. ¿Cómo quieres que le castigue ahora que se ha corrr gido? Y luego, ¿no sería una inhumanidad dejar que se fuese un hombre que tiene cinco hijos, y sin más recur-

[1] Es el mismo nombre que Polikuchka, que es su diminutivo.

[2] Sinónimo del licor llamado «bitter».

—No, harías falta aquí, Egor.
La señora se quedó un momento pensativa.
—¿Cuánto es el dinero?—preguntó.
—Cuatrocientos sesenta y dos rublos.
—Mandé á Polikuchka—dijo la señora, mirando con aire resuelto á Egor Mikhallovitch.
Este, al alzar los dientes, alargó los labios como para sonreírse, pero no pestañeó.
—A vuestras órdenes.
—Envíamele.
—A vuestras órdenes.
Y Egor Mikhallovitch se fué hacia su oficina.